

Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*
(Textos para comentario)

▪ Los estudiantes llenaron los bancos casi hasta arriba; no estaba aún el catedrático, y como había mucha gente alborotadora entre los alumnos, alguno comenzó a dar golpecitos en el suelo con el bastón; otros muchos le imitaron, se produjo una furiosa algarabía.

De pronto se abrió una puertecilla del fondo de la tribuna, y apareció un señor viejo, muy empaquetado, seguido de dos ayudantes jóvenes.

Aquella aparición teatral del profesor y de los ayudantes provocó grandes murmullos; alguno de los alumnos más atrevido comenzó a aplaudir, y viendo que el viejo catedrático no sólo no se incomodaba, sino que saludaba como reconocido, aplaudieron aún más.

—Esto es una ridiculez —dijo Hurtado.

—A él no le debe parecer eso —replicó Aracil riéndose—; pero si es tan majadero que le gusta que le aplaudan, le aplaudiremos.

El profesor era un pobre hombre presuntuoso, ridículo. Había estudiado en París y adquirido los gestos y las posturas amaneradas de un francés petulante.

El buen señor comenzó un discurso de salutación a sus alumnos, muy enfático y altisonante, con algunos toques sentimentales: les habló de su maestro Liebig, de su amigo Pasteur, de su camarada Berthelot, de la Ciencia, del microscopio...

Su melena blanca, su bigote engomado, su perilla puntiaguda, que le temblaba al hablar, su voz hueca y solemne le daban el aspecto de un padre severo de drama, y alguno de los estudiantes que encontró este parecido, recitó en voz alta y cavernosa los versos de Don Diego Tenorio cuando entra en la Hostería del Laurel en el drama de Zorrilla:

*Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin mansión.*

Los que estaban al lado del recitador irrespetuoso se echaron a reír, y los demás estudiantes miraron al grupo de los alborotadores.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa? —dijo el profesor poniéndose los lentes y acercándose al barandado de la tribuna—. ¿Es que alguno ha perdido la herradura por ahí? Yo suplico a los que están al lado de ese asno que rebuzna con tal perfección que se alejen de él, porque sus coces deben ser mortales de necesidad.

Rieron los estudiantes con gran entusiasmo, el profesor dio por terminada la clase retirándose, haciendo un saludo ceremonioso y los chicos aplaudieron a rabiar.

Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*
<T2>

Organización de las ideas

El fragmento, una escena de carácter narrativo, puede dividirse en tres partes: planteamiento, nudo y desenlace. El planteamiento (párrafo primero) sirve para presentar el jaleo de los alumnos en el aula antes de la aparición del profesor.

El nudo o conflicto (el resto del texto salvo el último párrafo) se centra en la ridícula "actuación" del profesor en el aula y el alboroto con que reaccionan los estudiantes. El nudo está organizado alternando las intervenciones del narrador omnisciente (Baroja) y de algunos personajes en estilo directo (Hurtado y Aracil; un alumno; y el profesor). El narrador introduce las intervenciones de los personajes y, sobre todo, realiza el retrato del profesor: rasgos físicos y personalidad. Las intervenciones en estilo personal sirven para enfatizar los aspectos grotescos de la escena.

El desenlace (último párrafo) cierra la escena con la salida del profesor del aula.

La estructura del texto es lineal (cronológica) pues los acontecimientos que primero ocurren se narran primero, y así sucesivamente.

Tema y resumen

Tema

La bufonada (payasada, la broma grotesca, el esperpento) en que se convierte una clase universitaria.

Resumen

Un catedrático de universidad, viejo, amanerado y engreído, entra en el aula para impartir la clase (lección) inicial del curso. Los alumnos, más interesados en la juerga que en aprender, captan enseguida lo irrisorio del personaje, y forman a costa de él un enorme alboroto que no parece incomodar al docente. Al contrario que el resto de los estudiantes, Andrés Hurtado lamenta el espectáculo grotesco al que asiste.

▪ Generalmente, el motivo de las discusiones era político; don Pedro se burlaba de los revolucionarios, a quien dirigía todos sus desprecios e invectivas, y Andrés contestaba insultando a la burguesía, a los curas y al ejército.

Don Pedro aseguraba que una persona decente no podía ser más que conservador. En los partidos avanzados tenía que haber necesariamente gentuza, según él.

Para don Pedro el hombre rico era el hombre por excelencia; tendía a considerar la riqueza, no como una casualidad, sino como una virtud; además suponía que con el dinero se podía todo. Andrés recordaba el caso frecuente de muchachos imbéciles, hijos de familias ricas, y demostraba que un hombre con un arca llena de oro y un par de millones del Banco de Inglaterra en una isla desierta, no podría hacer nada; pero su padre no se dignaba atender estos argumentos.

Las discusiones de casa de Hurtado se reflejaban invertidas en el piso de arriba entre un señor catalán y su hijo. En casa del catalán, el padre era el liberal y el hijo el conservador; ahora, que el padre era un liberal cándido y que hablaba mal el castellano, y el hijo un conservador muy burlón y mal intencionado. Muchas veces se oía llegar desde el patio una voz de trueno con acento catalán, que decía:

—Si la Gloriosa¹ no se hubiera quedado en su camino, ya se hubiera visto lo que era España.

Y poco después la voz del hijo, que gritaba burlescamente:

—¡La Gloriosa! ¡Valiente mamarrachada!

—¡Qué estúpidas discusiones! —decía Margarita con un mohín de desprecio, dirigiéndose a su hermano Andrés—. ¡Como si por lo que vosotros habléis se fueran a resolver las cosas!

Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*

<T3>

1. La Revolución de 1868 (conocida por *La Gloriosa*) fue la revuelta popular que destronó a la reina Isabel II e inició el período denominado Sexenio Democrático.

▪ Tenía Andrés cierta ilusión por el nuevo curso; iba a estudiar Fisiología y creía que el estudio de las funciones de la vida le interesaría tanto o más que una novela; pero se engañó, no fue así. Primeramente, el libro de texto era un libro estúpido, hecho con recortes de obras francesas y escrito sin claridad y sin entusiasmo; leyéndolo no se podía formar una idea clara del mecanismo de la vida; el hombre parecía, según el autor, como un armario con una serie de aparatos dentro, completamente separados los unos de los otros como los negociados de un ministerio.

Luego, el catedrático era hombre sin ninguna afición a lo que explicaba, un señor senador, de esos latosos, que se pasaba las tardes en el Senado discutiendo tonterías y provocando el sueño de los abuelos de la patria.

Era imposible que con aquel texto y aquel profesor llegara nadie a sentir el deseo de penetrar en la ciencia de la vida. La Fisiología, cursándola así, parecía una cosa estólida y deslavazada, sin problemas de interés ni ningún atractivo.

Hurtado tuvo una verdadera decepción. Era indispensable tomar la Fisiología como todo lo demás, sin entusiasmo, como uno de los obstáculos que salvar para concluir la carrera.

Esta idea, de una serie de obstáculos, era la idea de Aracil. Él consideraba una locura el pensar que habían de encontrar un estudio agradable.

Pío Baroja. *El árbol de la ciencia*

<T4>

▪ Hurtado no podía soportar la bestialidad de aquel idiota de las patillas blancas. Aracil se reía de las indignaciones de su amigo.

Una vez Hurtado decidió no volver más por allá. Había una mujer que guardaba constantemente en el regazo un gato blanco. Era una mujer que debió haber sido muy bella, con ojos negros, grandes, sombreados, la nariz algo corva y el tipo egipcio. El gato era, sin duda, lo único que le quedaba de un pasado mejor. Al entrar el médico, la enferma solía bajar disimuladamente al gato de la cama y dejarlo en el suelo; el animal se quedaba escondido, asustado, al ver entrar al médico con sus alumnos; pero uno de los días el médico le vio y comenzó a darle patadas.

—Coged a ese gato y matarlo —dijo el idiota de las patillas blancas al practicante.

El practicante y una enfermera comenzaron a perseguir al animal por toda la sala; la enferma miraba angustiada esta persecución.

—Y a esta tía llevadla a la guardilla —añadió el médico.

La enferma seguía la caza con la mirada, y cuando vio que cogían a su gato, dos lágrimas gruesas corrieron por sus mejillas pálidas.

—¡Canalla! ¡Idiota! —exclamó Hurtado, acercándose al médico con el puño levantado.

—¡No seas estúpido! —dijo Aracil—. Si no quieres venir aquí, márchate.

—Sí, me voy, no tengas cuidado; por no patearle las tripas a ese idiota miserable.

Desde aquel día ya no quiso volver más a San Juan de Dios.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*.

<T5>

▪ En aquel momento dominaban los *Mochuelos*. El *Mochuelo* principal era el alcalde, un hombre delgado, vestido de negro, muy clerical, cacique de formas suaves, que suavemente iba llevándose todo lo que podía del municipio.

El cacique liberal del partido de los *Ratones* era don Juan, un tipo bárbaro y despótico, corpulento y forzudo, con unas manos de gigante; hombre que cuando entraba a mandar trataba al pueblo en conquistador. Este gran Ratón no disimulaba como el *Mochuelo*; se quedaba con todo lo que podía, sin tomarse el trabajo de ocultar decorosamente sus robos.

Alcolea se había acostumbrado a los *Mochuelos* y a los *Ratones*, y los consideraba necesarios. Aquellos bandidos eran los sostenes de la sociedad; se repartían el botín: tenían unos para otros un tabú especial, como el de los polinesios.

Andrés podía estudiar en Alcolea todas aquellas manifestaciones del árbol de la vida, y de la vida áspera manchega: la expansión del egoísmo, de la envidia, de la crueldad, del orgullo.

A veces pensaba que todo esto era necesario; pensaba también que se podía llegar, en la indiferencia intelectualista, hasta disfrutar contemplando estas expansiones, formas violentas de la vida.

“¿Por qué incomodarse, si todo está determinado, si es fatal, si no puede ser de otra manera? —se preguntaba—. ¿No era científicamente un poco absurdo el furor que le entraba muchas veces al ver las injusticias del pueblo? Por otro lado: ¿no estaba también determinado, no era fatal el que su cerebro tuviera una irritación que le hiciera protestar contra aquel estado de cosas violentamente?”

Andrés discutía muchas veces con su patrona. Ella no podía comprender que Hurtado afirmase que era mayor delito robar a la comunidad, al Ayuntamiento, al Estado, que robar a un particular. Ella decía que no; que defraudar a la comunidad no podía ser tanto como robar a una persona. En Alcolea casi todos los ricos defraudaban a la Hacienda, y no se les tenía por ladrones.

Andrés trataba de convencerla de que el daño hecho con el robo a la comunidad era más grande que el producido contra el bolsillo de un particular; pero la Dorotea no se convencía.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*
<T6>

▪ Don Blas vivía en plena arbitrariedad; para él había gente que no tenía derecho a nada; en cambio, otros lo merecían todo. ¿Por qué? Probablemente porque sí.

Decía don Blas que odiaba a las mujeres, que le habían engañado siempre; pero no era verdad; en el fondo esta actitud suya servía para citar trozos de Marcial, de Juvenal, de Quevedo...

A sus criados y labriegos don Blas les llamaba galopines, bellacos, follones, casi siempre sin motivo, sólo por el gusto de emplear estas palabras quijotescas.

Otra cosa que le encantaba a don Blas era citar los pueblos con sus nombres antiguos: Estábamos una vez en Alcázar de San Juan, la antigua Alce... En Baeza, la Biatra de Ptolomeo, nos encontramos un día...

Andrés y don Blas se asombraban mutuamente. Andrés se decía:

—¡Pensar que este hombre y otros muchos como él viven en esta mentira, envenenados con los restos de una literatura y de una palabrería amanerada es verdaderamente extraordinario!

En cambio, don Blas miraba a Andrés sonriendo, y pensaba: ¡Qué hombre más raro!

Varias veces discutieron acerca de religión, de política, de la doctrina evolucionista. Estas cosas del darwinismo, como decía él, le parecían a don Blas cosas inventadas para divertirse. Para él los datos comprobados no significaban nada. Creía en el fondo que se escribía para demostrar ingenio, no para exponer ideas con claridad, y que la investigación de un sabio se echaba abajo con una frase graciosa.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*

<T7>

Organización de las ideas

El texto puede dividirse en dos partes: una afirmación inicial, donde reside la tesis/idea fundamental que defiende Baroja: *Don Blas vivía en plena arbitrariedad*. Y el resto del texto, que funciona como una serie de casos que sirven para ejemplificar en qué consistía tal arbitrariedad. El desarrollo de ideas en este apartado sería el siguiente:

- la superioridad de unas personas sobre otras (primer párrafo)
- el desprecio a las mujeres (segundo párrafo) y los criados (tercero)
- el uso de topónimos arcaicos (cuarto)
- la extrañeza mutua que se causan Andrés y D. Blas (los tres párrafos siguientes).
- la indiferencia ante cualquier idea científica o rigurosamente argumentada (último párrafo)

Teniendo en cuenta esta organización de ideas, podemos concluir que estamos ante un texto de estructura deductiva, pues se parte de una opinión generalizadora acerca de cómo es D. Blas, para a continuación desarrollar una serie de casos concretos que la ejemplifican/justifican. Los casos concretos se presentan con estructura paralelística, sin que entre ellos se establezcan relaciones de dependencia lógica.

Tema y resumen

Tema:

La personalidad extravagante (disparatada, absurda, insensata) de Don Blas
La actitud extravagante (disparatada, absurda, insensata) de Don Blas ante la vida.

Resumen

A Andrés le resulta extraordinariamente llamativo que todavía haya en el mundo actual personas como Don Blas: la manera caprichosa y peyorativa de proceder con los demás, lo arcaizante del lenguaje que emplea y lo trasnochado de las ideas. Como si don Blas fuera un hidalgo quijotesco trasplantado al siglo XX. Los dos personajes se ven mutuamente como tipos raros, pero Andrés enfatiza que el otro vive anclado en el pasado y ajeno por completo al mundo real que lo rodea.

▪ Unos días después, Hurtado se encontró en la calle con Fermín Ibarra. Fermín estaba desconocido: alto, fuerte, ya no necesitaba bastón para andar.

—Un día de estos me voy —le dijo Fermín.

—¿Adónde?

—Por ahora, a Bélgica; luego, ya veré. No pienso estar aquí; probablemente no volveré.

—¿No?

—No. Aquí no se puede hacer nada; tengo dos o tres patentes de cosas pensadas por mí, que creo que están bien; en Bélgica me las iban a comprar, pero yo he querido hacer primero una prueba en España, y me voy desalentado, descorazonado; aquí no se puede hacer nada.

—Eso no me choca —dijo Andrés—, aquí no hay ambiente para lo que tú haces.

—Ah, claro —repuso Ibarra— Una invención supone la recapitulación, la síntesis de las fases de un descubrimiento; una invención es muchas veces una consecuencia tan fácil de los hechos anteriores, que casi se puede decir que se desprende ella sola sin esfuerzo. ¿Dónde se va a estudiar en España el proceso evolutivo de un descubrimiento? ¿Con qué medios? ¿En qué talleres? ¿En qué laboratorios?

—En ninguna parte.

—Pero, en fin, a mí esto no me indigna —añadió Fermín—, lo que me indigna es la suspicacia, la mala intención, la petulancia de esta gente... Aquí no hay más que chulos y señoritos juerguistas. El chulo domina desde los Pirineos hasta Cádiz...; políticos, militares, profesores, curas, todos son chulos con un yo hipertrofiado.

—Sí, es verdad.

—Cuando estoy fuera de España —siguió diciendo Ibarra— quiero convencerme de que nuestro país no está muerto para la civilización, que aquí se discurre y se piensa, pero cojo un periódico español y me da asco; no habla más que de políticos y de toreros. Es una vergüenza.

Fermín Ibarra contó sus gestiones en Madrid, en Barcelona, en Bilbao. Había millonario que le había dicho que él no podía exponer dinero sin base, que, después de hechas las pruebas con éxito, no tendría inconveniente en dar dinero al cincuenta por ciento.

—El capital español está en manos de la canalla más abyecta —concluyó diciendo Fermín.

Unos meses después, Ibarra le escribía desde Bélgica, diciendo que le habían hecho jefe de un taller y que sus empresas iban adelante.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*
<T8>

▪ En verano sobre todo, Andrés quedaba reventado. Aquella gente de las casas de vecindad, miserable, sucia, exasperada por el calor, se hallaba siempre dispuesta a la cólera. El padre o la madre que veía que el niño se le moría, necesitaba descargar en alguien su dolor, y lo descargaba en el médico. Andrés algunas veces oía con calma las reconveniones, pero otras veces se encolerizaba y les decía la verdad: que eran unos miserables y unos cerdos; que no se levantarían nunca de su postración por su incuria y su abandono.

Iturrioz tenía razón: la naturaleza no sólo hacía el esclavo, sino que daba el espíritu de la esclavitud.

Andrés había podido comprobar en Alcolea como en Madrid que, a medida que el individuo sube, los medios que tiene de burlar las leyes comunes se hacen mayores. Andrés pudo evidenciar que la fuerza de la ley disminuye proporcionalmente al aumento de medios del triunfador. La ley es siempre más dura con el débil. Automáticamente pesa sobre el miserable. Es lógico que el miserable por instinto odie la ley.

Aquellos desdichados no comprendían todavía que la solidaridad del pobre podía acabar con el rico, y no sabían más que lamentarse estérilmente de su estado.

Pío Baroja, *El árbol de la ciencia*
<T9>

Organización de las ideas

Este fragmento puede dividirse en dos apartados, cada uno con las siguientes ideas:

1. Descripción de la actividad de Andrés como médico: visita a enfermos pobres (primer párrafo)
 - 1.1. Estado de ánimo de Andrés y recriminaciones de las familias contra él
 - 1.2. Reacciones contradictorias de Hurtado ante estas: serena comprensión o rabia.
2. Reflexión de Andrés acerca de las causas de la miseria y la postración social (el resto del texto).
 - 2.1. Los pobres tienen, por naturaleza, alma de esclavos (2º párrafo)
 - 2.2. El pobre odia (se rebela contra) la ley, pues esta siempre lo castiga a él y, en cambio, favorece a los ricos. (3er párrafo)
 - 2.3. Pero los pobres solo saben quejarse: el alma de esclavos “mata” toda conciencia [o “solidaridad”] revolucionaria).
Último párrafo.

Teniendo en cuenta el esquema anterior se puede afirmar que el texto presenta una estructura inductiva: de la descripción concreta de una horrible experiencia de AHurtado, o sea, sus visitas como médico de pobres (parte 1) se pasa a una reflexión generalizadora acerca de las razones o causas de la miseria social (parte 2). Este apartado 2 se abre con una tesis (2.1. los pobres tienen espíritu de esclavos), que se sustenta en dos argumentos (2.2. y 2.3.). El argumento 2.3. (los pobres solo saben quejarse) actúa como una conclusión que restringe el contenido del argumento 2.2. (los pobres se rebelan u odian la ley). Es decir, si los pobres supieran transformar la rebeldía contra la ley en conciencia de clase contra los ricos, el orden social podría cambiar, y con él, subvertir la miseria y la postración, lo que ocurre es que la naturaleza esclava de su alma los atena.

Por último, estilísticamente, el texto comienza y acaba con la misma idea, solo que formulada con palabras diferentes. La idea es que los pobres solo saben quejarse. Así, al comienzo se dice que la gente miserable “se hallaba siempre dispuesta a la cólera. El padre o la madre que veía que el niño se le moría, necesitaba descargar en alguien su dolor, y lo descargaba en el médico”; y al final se cierra el texto con estas palabras: “aquellos desdichados (...) no sabían más que lamentarse estérilmente de su estado”. Una estructura encuadrada, pues, que refuerza la coherencia interna del razonamiento.

Tema y resumen

Tema (*dos redacciones posibles*)

- Postración* de las clases humildes
- Pesadumbre/contrariedad de Andrés ante la postración de las clases humildes.

*También valdría abatimiento, desesperanza.

Resumen

Como médico de pobres, Hurtado comprueba, unas veces con indulgencia y otras con rabia, que las familias miserables solo saben lamentarse, y que permanecen sumisas e inactivas ante sus propias penalidades. La causa de esto, según él e Iturrioz, es que los pobres han nacido sumisos por naturaleza. Su único rasgo de rebeldía es odiar la ley, sencillamente porque la ley siempre favorece a los ricos y castiga a los miserables. Sin embargo, son incapaces de tomar conciencia (digamos, “revolucionaria”) de que uniéndose podrían destruir a los ricos.

ACTIVIDADES

<T2>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen.
- b) Explique la organización de las ideas del texto.

<T3>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen

<T4>

- b) Explique la organización de las ideas del texto.

<T5>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen.

<T6>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen.

<T7>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen.
- b) Explique la organización de las ideas del texto.

<T8>

- a) el tema del texto y redacte el resumen.
- b) Explique la organización de las ideas del texto.

<T9>

- a) Señale el tema del texto y redacte el resumen.
- b) Explique la organización de las ideas del texto.

Se presentarán por escrito al profesor los comentarios de los textos 5 y 9.